

En los últimos días han llamado la atención dos documentos significativos: el primero es una crónica de la Semana de Teología tenida en Bilbao (España) en el mes de octubre. El tema central de la Semana era "Vida cristiana y compromiso terrestre". Asistieron representantes de todos los lugares de la península y grupos de Francia, Italia, Alemania y América Latina. Sobre todo, jóvenes, atentos, sencillos, con ceños preocupados de luchas y decisiones; obreros que más de una vez alzaron la voz y crisparon los puños; y no faltaron curas, sobre todo jóvenes, y monjas, un poco asombradas y siempre entusiastas.

El segundo hecho es la entrevista del P. Arrupe, General de los Jesuitas, concedida a la revista INDICE de España. El puente que permite hablar de ambos hechos consiste en que el contenido doctrinal y teórico de la Semana de Teología se complementa con los criterios de acción apostólica del P. Arrupe en varios puntos doctrinal y teórico de la Semana de Teología y el P. Arrupe se complementan.

Los estudios de la Semana de Teología partían de la constatación siguiente: El cristianismo, al llegar a cierto nivel de concientización, empuja al compromiso socio-político. Poco a poco este compromiso gana en exigencia y llega a polarizar toda la vida. Después, el cristianismo pasa a ser un ropaje adjetivo, una motivación un tanto inútil. Cumplida su misión impulsora, abandona al hombre a su verdadera soledad. Y empieza en serio la aventura y la lucha en la tierra. Este es el hecho. Y la Semana lo encaró de lleno.

Por una parte, se asentó la obligación humana de un compromiso socio-político a nivel concreto —no sólo ideológico— que ponga en cuestión y en peligro el status social de la persona; que la desligue de una manera real de las actuales estructuras radicalmente opresoras.

El cristianismo no es sólo el cohete nodriza de la primera etapa del hombre. ¿Qué es, pues, lo que dice el cristianismo al hombre adulto, al que pone su vida en una radical renovación socio-política, en una revolución cultural? Ante todo, se constató "la inviabilidad de los tradicionales comportamientos cristianos cara al mundo". Luego se pusieron estas tres bases teológicas: El cristianismo no se identifica con ningún compromiso temporal concreto; no es un partido ni una ideología. El cristianismo radicaliza el compromiso. Es la instancia crítica, la exigencia de superación —naturalmente, desde su fuerza interior— de cada ideología concreta.

En la citada entrevista el P. Arrupe contesta a una pregunta que coincide con este tema. Esta obligación humana de un compromiso socio-político ¿en qué medida incide dentro del comportamiento jesuítico? Se le preguntó si el compromiso en el cambio de las estructuras socialmente deficientes significa que la Compañía de Jesús ha de participar en la política de los pueblos.

"Sí y no, responde. Según lo que se entienda por política. Lo primero que la Compañía quiere que se reconozca es que el apoliticismo, como rechazo sistemático de toda presencia en lo político, es inaceptable para el hombre apostólico de hoy. No pocas veces las decisiones y las acciones en el terreno de lo político lesionan o pueden lesionar los valores radicales del hombre y desvirtuar el verdadero sentido de la existencia humana, personal y socialmente considerada. Por ejemplo, ante una 'política' racista, los miembros de la Compañía no pueden permanecer pasivos; si no nos comprometiéramos en casos como éste, o en otros como el de 'violencia institucionalizada', según la expresión de los obispos americanos en los documentos de Medellín, faltaríamos a nuestra vocación."

"Por lo tanto, cuando los miembros de la Compañía intervienen, deben hacerlo por motivos evangélicos 'en la medida en que las funciones, luces y energías que derivan de su misión religiosa pueden construir y fortalecer la comunidad humana según la ley divina' (Gaudium et Spes, 42). Nuestra presencia en el mundo debe respetar la autonomía propia de lo político."

Cristianismo y Compromiso Socio-Político

Pedro Trigo y
Alberto Micheo

EL CRISTIANO Y EL CONFLICTO DE CLASES

Asentada la necesidad del compromiso y perfilado su sentido cristiano, la Semana de Teología abordó diversos problemas concretos derivados del compromiso del cristiano actual. Giulio Girardo, veterano en el diálogo cristiano-marxista, desarrolló el tema: La Iglesia y la lucha de clases. Lo calificó de "la cuestión crucial en la definición de las relaciones entre la Iglesia, y el mundo, concretamente entre la Iglesia y la clase obrera".

Giulio Girardi estudió los condicionamientos históricos que relativizan las antiguas intervenciones papales en contra de la participación cristiana en la lucha de clases. Concluyó que el cristiano necesita intervenir de lleno en ellas —naturalmente, desde sus propios presupuestos, aunque no en organizaciones propias—, llegando, si se han agotado los otros recursos, a la insurrección armada. A esta conferencia siguió un debate cauroso entre esta corriente y los partidarios de la no violencia activa con el P. Llanos, viejo luchador jesuita, a la cabeza.

El objetivo de la lucha de clases, sea violenta o no, busca un cambio en las estructuras socio-económicas y culturales del sistema que rige gran parte de la humanidad subdesarrollada.

El P. Arrupe fue preguntado acerca de su posición frente a las críticas y oposiciones que la Iglesia experimenta en este empeño de la reforma de estructuras dentro y fuera de ella misma.

"Nos oponemos diametralmente a aquellos que pretenden deducir directamente del evangelio una actitud política pasiva ante la injusticia social. Esta posición nos parece una traducción indebida del mensaje evangélico en términos políticos, una complicidad con la iniquidad vigente. Tampoco es válido pretender deducir directamente del Evangelio una ideología y una estrategia revolucionarias. El Evangelio exige transformaciones profundas, innovadoras' (P. P. 32). Es decir, una profunda reforma en el sentido amplio de la palabra, a base de una conversión colectiva y personal. Implica un proyecto histórico de cambio que los laicos deben traducir en términos políticos. Pero la misión de la Iglesia y, por lo tanto, de la Compañía no es armar ideológicamente una operación política, sino dejar que los laicos tomen libremente sus opciones políticas y ayudarlos para que se inspiren en el espíritu evangélico. Y esto en todas las ocasiones, aun en las revolucionarias en que puedan encontrarse."

"Cuando se encuentren ante lo injusto o lo inhumano, los miembros de la Compañía pueden o, mejor dicho, deben actuar no sólo con sus predicaciones, sino también con sus orientaciones y manifestaciones doctrinales. Actúan, entonces, en nombre de una ley divina que supera a toda ley humana. No pretenden sustituir a los poderes políticos en el cumplimiento de su tarea propia. Les ayudan, al contrario, a orientarse de acuerdo con los valores del hombre y de la humanidad. Muchas veces, en el pasado, no hemos cumplido suficientemente con nuestra misión en este campo. Por falta de libertad, por compromisos políticos con la sociedad vigente y con los po-

derosos, hemos dejado de ser, tal vez, la sal de la tierra y la luz del mundo. Y el hecho de que algunos hayan caído en cierto extremismo, que puede proceder de la misma falta de libertad, no justifica la pasividad ante lo injusto y lo inhumano."

CRISIS DE FE Y COMPROMISO TEMPORAL

Uno de los platos fuertes de la Semana de Teología fue la conferencia de Alvarez Bolado, S. J., director del Instituto de Fe y Secularidad en Madrid. Trató de una manera muy precisa y concreta de las crisis de fe derivadas del compromiso terrestre. Hizo una detallada tipología de las distintas crisis de fe nacidas de diversos capítulos: de la deficiencia de la fe que que se compromete, de la falta de formación para el compromiso del militante cristiano, de la ambigüedad de la situación eclesial.

Como vías de saneamiento de esta crisis —supuesta la fe como el "cantus firmus" capaz de integrarlo todo— insistió en la "necesidad de un fortalecimiento de la sensibilidad de la Iglesia respecto al mensaje ético-social del Evangelio. Del individualismo moral, a la crítica de la sociedad inmoral y a la construcción eficaz de las condiciones reales de una sociedad más moral".

El P. Arrupe parece completar esta idea del fortalecimiento de la sensibilidad de la Iglesia respecto al mensaje ético-social del Evangelio en otra de sus respuestas. Como hombre responsable de un Instituto de acción, parece arengar a sus tropas:

"Tomemos las iniciativas. No las que no nos pertenecen, sino las que espera de nosotros, aun inconscientemente, este mundo de pobres con el cual la Compañía está decidida a vincular su destino. Nuestra libertad, esa libertad con respecto a todo compromiso ideológico partidista, nos inspirará la gracia que nos hará más presentes en la construcción de una sociedad más humana, más conforme con el ideal evangélico y con la tradición viva de la Iglesia. No podemos no actuar. Estamos aquí ante el problema de la salvación y de su máxima exigencia en el mundo de hoy."

Es significativa la respuesta del P. Arrupe acerca de la forma como se podrá arreglar la situación de injusticia:

"Pregunta difícil —responde— porque aquí entran en juego tantísimos problemas sociales, económicos, ideológicos, comerciales, etc. Pero el hecho es innegable. Esto presenta un problema de importancia extraordinaria, en el que los gobiernos tienen que pensar de una manera eficaz y rápida, porque la situación actual es realmente insostenible. El esfuerzo que se va haciendo en este sentido, por ejemplo en la Conferencia de Nueva Delhi, el año pasado, en la que tomaron parte más de cien países con un resultado casi nulo, es un ejemplo clásico de la enorme responsabilidad que tienen los gobernantes de los países poderosos. Quiera Dios que, cuando se decidan a obrar algo positivo y eficaz en este campo, no sea demasiado tarde. Son problemas complicados, ciertamente, pero que en un diálogo sincero y con un estudio serio pueden ser resueltos.

Muchas veces, la ayuda lleva, consciente o inconscientemente encubiertos, los intereses de una propia ventaja, de una ampliación de mercado, de una venta de sus propios productos, etc. Por eso yo realmente no veo una solución hasta el momento en que el verdadero espíritu de Cristo, la caridad, la justicia y el amor universal, triunfen en los corazones de aquellos que tanto tienen que ver en estos problemas internacionales."

Tanto la Semana de Teología como la entrevista del P. Arrupe son una muestra de la vitalidad, de los problemas, las incertidumbres y la cálida fe de grupos comprometidos de la Iglesia. Por sus dimensiones, la altura de las ponencias y la seriedad de las discusiones, la Semana de Teología ha sido, sin duda, aun desde el punto de vista cultural, el acto de mayor envergadura celebrado este año en Bilbao. El clima no fue de amargura, sino de creatividad y de humilde búsqueda. Se respiraba un clima prometedor de sobria decisión.

La coincidencia de ideas encontrada en la entrevista del Padre Arrupe es una muestra de que la doctrina teológica va encontrando programadores prácticos que hacen cristalizar en formas de vida y acción práctica. De esta forma el cristianismo podrá ser no sólo fermento, sino "Sacramentum Mundi".

COMUNIDADES DE BASE

La ponencia más explosiva de la Semana de Teología estuvo a cargo de Antonio Marzal, S. J. El tema: "Las comunidades cristianas, camino de superación de las crisis de fe." Para Marzal, la crisis actual es de crecimiento. Por tanto, las comunidades no pueden ser refugios que acojan a los creyentes y los protejan de este mundo laicizado. La comunidad de base ha de ser "un grito de rebeldía en la fe y para la fe", la contestación de una "Iglesia establecida" desde su interior.

Antonio Marzal señala tres puntos que han de ser contestados, repetimos, desde la fe, desde la comunidad eclesial concreta:

- 1) Una Iglesia excesivamente jurídico-canónica (una mitología religiosa).**
- 2) Una Iglesia tan disciplinada que no fuera ni libre ni verdadera. (El conformismo.)**
- 3) Una Iglesia de clase (que sería la negación de la comunidad).**

Por fin, Marzal acaba pidiendo a las comunidades de base que se cuestionen a sí mismas, desde la fe, para en ella hallar la manera de ser y de cumplir su misión.

Una nota novedosa constituyeron las aportaciones de numerosas comunidades de base que estaban presentes. En general, incipientes, pero había algunas con muchos años de vuelo. Provenían de medios obreros, de universitarios y religiosas. En general, aportaron vivencias muy radicalizadas, pero sobrias. En primer lugar destaca su sentido empírico, espontáneo; no son Acción Católica. En este sentido la Semana señalaba —sin negarlo teóricamente— el fin del "apostolado" en las formas como tradicionalmente se ha ejercido. Componente esencial, unido indisolublemente a la conversión, se destacó el compromiso con el débil y el oprimido. Este compromiso, pedido como requisito indispensable, se concibe como realizado generalmente al margen de la comunidad propiamente dicha, en asociaciones políticas o sociales.

La comunidad se une en torno al Evangelio y a la Eucaristía, ésta destacada por encima de todo como el lugar que crea a la comunidad. La liturgia se entiende como nacida de la comunidad en cuanto a las formas concretas; las indicaciones de la jerarquía se ven como eso, indicaciones. Esta comunidad pequeña y pobre, desposeída de poder, inserta y comprometida con su medio concreto, se siente Iglesia; y esto es para ella una alegría y un dolor y, desde luego, una tensión.

Es hipócrita una vida encaminada a la supresión de la injusticia y la violencia socio-política, sin la contestación intraccesial. Los grupos del seminario constataron que la forma del ejercicio de autoridad en la Iglesia constituía la mayor dificultad de las comunidades de base. Por eso insistían en la necesidad de tomar en serio la realidad de la Iglesia como pueblo de Dios y depurar el autoritarismo de la institución. La autoridad en la Iglesia, decían estos grupos, no tiene nada que ver con las autoridades de las demás sociedades, es meramente un servicio, necesario, pero subsidiario. Hay que entender que no se trata de disminuir esa autoridad, sino de fundamentarla en el elemento servicio más que en el de imposición.